

# Nuestro adiós a tres poetas

El pasado mes de mayo fallecieron tres queridos poetas: Francisco Brines, Enrique Badosa y José Manuel Caballero Bonald. Los tres, grandes nombres de su generación, dejan una huella imborrable en su poesía, que permanecerá siempre con nosotros. Como recuerdo y homenaje recogemos en estas páginas los textos que hemos pedido a varios amigos que los conocieron de cerca.

## Francisco Brines, en permanente despedida

por *Alejandro Duque Amusco*

**E**n la noche del 20 de mayo, rodeado de familia y allegados, al modo manriqueño, se nos ha ido el poeta y amigo Francisco Brines, a los 89 años, y en el momento de máxima celebridad y reconocimiento para su poesía. Poco antes pidió poder escribir y trazó en el papel dos palabras: “Os quiero”.

Brines ha vivido siempre en permanente “despedida” de todo cuanto amaba, consciente de lo fugaz de su paso por el mundo y a sabiendas del plazo inexorable con que la vida acaba. Esa clara conciencia de lo perentorio la mantuvo intacta, hasta el extremo de pedir que el título de su última antología fuese *Como si nada hubiera sucedido*, verso suyo que tiene todo el valor de un epitafio.

**Siempre en sus poemas planea al mismo tiempo el velo de la duda, de la sospecha radical**

Llama la atención la formidable paradoja que mueve, en lo conceptual, su poesía entera. Siendo, como decimos, una permanente “despedida” de la vida y de sus dones (el amor, la amistad, los afectos familiares, la tierra natal, la belleza y el arte), siempre en los poemas de Francisco Brines planea al mismo tiempo el velo de la duda, de la sospecha radical: ¿tenía acaso existencia real cuanto percibía y le rodeaba?

Brines, en sus poemas, abre los sentidos al olor del jazmín, que pone una nota de sensualidad en la tarde, pero niega con rotundidad que esa tarde exista; mira desde el balcón a sus padres en una entrañable escena cotidiana, pero resulta que en el balcón no hay nadie. Fantasmagórica relación con el mundo, sistemática duda car-

tesiana, que lleva a considerar la existencia como una refinada y heridora forma de nihilidad.

Pese a esta formidable paradoja, que le inspira los poemas metafísicos más bellos —sensorialidad y reflexión a la vez—, Brines se inclina con apasionamiento del lado de la vida, por fantasmal que esta sea, aunque resulte un “engaño”, palabra clave en su código poético. De manera que el lector de su obra, pese a la tormenta de nihilismo que la recorre como un negro estremecimiento, encuentra en ella también las alas salvadoras de “los pequeños placeres”, el valor de la medida de lo humano, y, al final, la aceptación. “Harto consuelo” nos deja su memoria. ▀

## El Club Moriarty está de luto

por *Armand Balsebre, Jordi Delás, Rosario Fontova y Eugenia de Andrés*

**E**nrique Badosa era en la intimidad de trato agradable y tenía un buen humor indestructible incluso cuando la salud le jugaba malas pasadas. Siempre educado y sonriente, poseía un talante irónico desprovisto totalmente de mala intención. Era reservado porque volcaba en sus poemas la esencia de sus sentimientos más privados, la huella de amores, familia y amigos que fueron desvaneciéndose de su camino inusualmente largo. Enrique decía que un poema, a diferencia de una novela, puede leerse, en pocos minutos, de pie junto al estante de una librería. Mientras ocurra esto, los poetas seguirán vivos.

Como llegó a una edad tan avanzada, poseía la templanza del sabio y la paciencia del anciano, además de una cultura portentosa. Mantuvo hasta el final la curiosidad y el interés

por cuanto le rodeaba, y dos asuntos le dolieron sobremanera: los efectos de la pandemia y la pérdida del equilibrio político y social en Catalunya.

Pero tenía una mancha negra en su expediente por demás impoluto. En sus tiempos de periodista en el barcelonés *El Noticiero Universal* creó junto a dos compañeras un club de malvados, el Club Moriarty, que tomó el nombre del feroz adversario del detective inglés Sherlock Holmes. La idea debió de surgir en alguno de los momentos tragicómicos del ocaso de aquel diario vespertino y se convirtió en una broma que durante casi 40 años encadenó cenas y almuerzos agradabilísimos, muchos en los restaurantes de la plaza Molina de Barcelona, centrados en las anécdotas de los casos detectivescos victorianos donde aparecía el coronel Moriarty

y en el repaso a la actualidad política y literaria. Con el tiempo, el Club se había ampliado hasta llegar a los cinco miembros. Por supuesto, Enrique fue presidente vitalicio y con una maldad fingida disfrutaba espoleando intrigas y complots para

hacerse con la vicepresidencia. Su lugar de honor nunca fue puesto en duda, pues incluso en esas reuniones de viejos amigos poseía la autoridad moral de los que sobrevuelan el mundo, con la mirada libre y magnífica de las águilas. ▀

**Enrique Badosa poseía la templanza del sabio y la paciencia del anciano**

## Caballero Bonald, maestro y amigo

por *Jesús Fernández Palacios*

¿Cómo recordar a mi querido maestro Pepe Caballero Bonald, un intelectual polifacético que hizo radio en los cincuenta y que fue guionista, editor, actor secundario, lexicógrafo, profesor, traductor, flamencólogo, adaptador de textos, conocedor y crítico de las artes plásticas, además de autor de varias de las páginas más memorables de la literatura española contemporánea? ¿Tal vez como el amigo y confidente en tantas y diversas ocasiones durante cincuenta años, antes de y durante nuestra estrecha y fecunda colaboración en la Fundación que lleva su nombre en Jerez y en la elaboración de la revista *Campo de Agramante*, cuya dirección tuvo a bien encomendarme? ¿O como el veterano esposo de su cálida e inteligente compañera Pepa Ramis, nuestra querida amiga, o como el padre de sus varios hijos o el abuelo que se alegraba cuando llegaban los nietos y también cuando se iban, según decía en clave de humor? En fin, cualquier intento de compendiar tantos recuerdos personales parece abocado al fracaso a la hora de hacer un justo retrato de un autor tan poliédrico y profundo. Si no me creen, lean sus libros.

Si en su obra poética confluyen la intensidad y la armonía, la claridad y el misterio, el humor y la ironía, la insolencia, el erotismo, la sátira, la denuncia y la propia infracción... Y si en su obra de ficción concurren la autobiografía y la memoria, la rebeldía y el ajuste de cuentas con el pasado, la tensión narrativa, el brío y la fluidez de su prosa, las descripciones precisas, la adjetivación generosa y deslumbrante, el



© CABALLERO BONALD, CON JESÚS FERNÁNDEZ PALACIOS. | Jesús Fernández Palacios.

lenguaje culto, las intercesiones de lo real con lo mágico, lo inesperado, el sarcasmo, los alardes creativos, la agudeza de la mirada, la riqueza de recursos semánticos y sintácticos que potencian la narración, las metáforas, los juegos de palabras, las sinestesias, las sinonimias, las hipérbolos... Muchas de esas características, que le identifican como escritor completo, se dan ostensiblemente en su obra crítica y ensayística, de ahí que ésta pueda considerarse como una prolongación de aquella, un complemento necesario para comprender mejor no ya solo sus potencias creativas, que son muchas y sobresalientes, sino también para conocer los distintos matices de su pensamiento respecto a la política, a la creación literaria, a la historia, al país en el que vivimos, a la evolución de la cultura, a los lugares que visitó y vivió en sus frecuentes viajes y, en fin, a infinidad de parcelas que pueden tener relación con la

moda, la gastronomía, el folklore, la modernidad, la tecnología, la convivencia, la vida y la muerte, la amistad y otros muchos temas. Casi nada le resultaba ajeno y en todo daba su opinión entre la certeza y la duda, entre el rigor y la ambigüedad con inteligencia y sensibilidad, sin que le temblara la mano. Una mano, en fin, que llevaba escrita la vida, impulsada por el talento y la vocación de su dueño que, a pesar de su generosa edad, mantuvo casi hasta el final una energía y un espíritu crítico envidiables, no solo a favor de la buena literatura sino también en contra de convencionalismos y banalidades. Y con mayor empeño, en contra del pensamiento único y gregario que trata de imponer sus consignas de siempre, para lo que Caballero Bonald dispuso de su propio manual de infractores e insusmismos. Una actitud así de saludable y ejemplar. Descanse en paz y en nuestra memoria amorosa. ▀